

El Muro de Protección

Thriller de misterio en Albox

- Extracto - Diego Marquéz

2026

Copyright © Diego Marquéz

Corner Shop, Camino de Aljambra, 04800 Albox, Almeria,
España



Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o el uso de cualquier parte de este libro sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Publicado en España

ISBN: 9798186030447

Tabla de contenido

Prólogo	3
Albox, actualidad	6
Metal en el polvo	13
El hallazgo	17
El dulce aliento del pasado	22

Prólogo

Albox, noviembre de 1804

El humo acre y amarillento del azufre ardiente colgaba como un manto venenoso sobre las estrechas callejuelas de la ciudad principal. Escocía en los ojos, se arrastraba hacia los pulmones y se depositaba como una capa de ceniza sobre la lengua. Pero el humo era intencionado. Debía disipar los miasmas, ese aire pútrido e invisible que, según las Juntas de Sanidad, transportaba la muerte de casa en casa.

De repente, los muros de la cercana iglesia de Santa María temblaron. Un estruendo sordo y ensordecedor hizo tintinear los cristales de las ventanas. Una vez más, los milicianos habían encendido una carga de pólvora en la Plaza Mayor para romper el aire espeso por la fuerza. Pero lo único que provocó la sacudida fue el renovado gemido de los moribundos tras las puertas de madera atrancadas.

En la puerta del Paseo, justo en la pendiente hacia la rambla seca, estaba Miguel, agarrando su mosquete de madera. Sus manos temblaban, y no era por el aire fresco del otoño. Ante sus pies yacía la barricada que había convertido a Albox en una prisión: un muro improvisado de piedras sueltas, pesadas vigas de madera,

carros volcados y las puertas de las casas arrancadas de aquellos a quienes la fiebre ya se había llevado. Cada hueco en la localidad estaba tapiado. El cordón sanitario era absoluto.

De la oscuridad de la rambla surgió una figura. Tambaleaba.

—¡Alto! ¡En nombre del Rey, ni un paso más! —gritó la voz de Miguel, que se quebraba por el miedo.

La figura en el lecho del río levantó las manos. Bajo la pálida luz de la luna, su rostro brillaba con un amarillo antinatural. Debajo de los ojos se adhería sangre negra y seca, la señal inequívoca del vómito negro. El estadio final.

—Por favor... —graznó el hombre—. Mi familia. Pagaremos. Tengo escudos. Reales de plata pura. El médico de La Loma dijo que esta tintura nos salvaría... —Sostuvo en alto una pequeña y oscura botella de cristal en la que relucía una masa viscosa que contenía mercurio—. Exigió todo lo que teníamos... por favor...

Miguel sintió cómo el sudor frío le recorría la espalda. La orden del rey Carlos IV era inequívoca. Quien rompiera el muro protector, cometía alta traición.

—*¡Repeler! ¡En caso de resistencia: orden de disparo!*, martilleaba en su cabeza.

—¡Vuelve a la rambla! —rugió Miguel, apuntando con el arma—. ¡No hay salvación! ¡El médico os ha mentido!

Un disparo azotó la noche, seguido de un golpe sordo en el lecho arenoso del río. El frasquito se hizo añicos contra las piedras y el contenido se filtró de forma venenosa en el suelo.

Miguel bajó el arma. No sabía si la bala había alcanzado al infectado o si la pura desesperación lo había abatido. Solo sabía que la ciudad se estaba muriendo. Emparedada tras un muro de piedra y miedo, mientras afuera, en la oscuridad, los charlatanes hacían caja con la sangre de los muertos. Y el verdadero oro no yacía en las manos de los guardias, sino que había sido enterrado hace mucho tiempo en algún lugar profundo, en los cimientos de esta fortaleza moribunda...

Albox, actualidad

Simplemente no se debía subestimar el calor en el valle del Almanzora. Incluso en primavera, cuando el viento de las montañas de la Sierra de los Filabres debería traer todavía una frescura, el aire en las estrechas callejuelas de Albox se estancaba a veces tan implacablemente como si alguien hubiera puesto la tapa a un horno gigantesco.

Matteo se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano, dejando una franja oscura de polvo de madera y aceite de linaza sobre su piel, y se apoyó contra el macizo marco de la puerta de su taller. Sus músculos se quejaban; había pasado las últimas cuatro horas estabilizando el respaldo muy dañado de un armario andaluz de nogal del siglo XIX. Una pieza maravillosa, pero la madera estaba seca como el pan duro y no perdonaba ni un solo movimiento falso con el sargento.

En realidad, habría disfrutado ahora del silencio de su taller, del olor a cera de abeja y roble viejo, pero la paz de esta mañana ya era historia desde hacía tiempo. Un estruendo rítmico y ensordecedor vibraba profundamente en las plantas de sus pies: *Trrr-rat-tat-tat-tat*. Un pesado martillo neumático se abría camino a través del suelo, seguido por el jadeo ronco de un motor

diésel.

La Plaza Mayor era una única y monumental obra de construcción. El municipio había comenzado recientemente las tan esperadas y controvertidas obras de rehabilitación de la plaza central. El objetivo era una modernización completa del centro urbano: nuevas tuberías, pavimentación accesible, farolas más elegantes. El resultado por el momento era simplemente un caos organizado. Pesadas excavadoras de cadenas habían levantado gran parte del viejo y familiar pavimento, abriendo heridas de color marrón oscuro en el suelo. Rejas de seguridad de plástico de color rojo brillante se extendían como un laberinto sobre la plaza, bloqueando las entradas a las pequeñas cafeterías y obligando a los peatones a hacer desvíos aventureros sobre tablones de madera provisionales.

El fino polvo calcáreo de las piedras levantadas y del mortero viejo colgaba como una niebla permanente y seca en el aire. Se depositaba como un velo gris sobre los cristales de las ventanas, crujía entre los dientes al respirar superficialmente y cubría las sillas de plástico abandonadas de las terrazas cerradas. Los hombres mayores del lugar, que normalmente se sentaban cada mañana en los bancos bajo los árboles para debatir ruidosamente sobre política y la cosecha de aceitunas, se habían retirado

refunfuñando a los interiores sombreados de los bares circundantes. La falta de aparcamiento era el tema de conversación número uno en la panadería.

Para Matteo, sin embargo, todo aquello tenía casi algo de meditativo. Cada palada de la excavadora era para él como un corte vertical a través de las capas temporales centenarias de Albox. Bajo el asfalto moderno yacía el pavimento del siglo XX, debajo los cimientos de la era napoleónica, y quién sabía cuánto había que cavar para encontrar los restos del asentamiento morisco. La ciudad se alzaba literalmente sobre sus propias ruinas.

—Si ese coloso amarillo de allí baja dos metros más, los muchachos estarán mañana en el salón de una familia morisca del siglo XIV —murmuró una voz profunda y conocida a su lado.

Raffael salió de la sombra del acceso al callejón. Llevaba una camiseta desgastada, las gafas de sol en la nuca y sostenía dos latas de cola heladas, brillantes por el agua de condensación, en las manos. Le dio una a Matteo, que se sintió divinamente fría contra sus manos castigadas.

Matteo abrió la lata con un siseo, dio un trago profundo y sintió cómo el hormigueo frío disipaba la sequedad de su garganta. —Déjalos cavar —dijo con una sonrisa torcida mientras dejaba

vagar la mirada sobre las vallas—. Cuanto más profundo llegan, más probable es que se topen con algo más antiguo que la Constitución española. Y todo lo que es viejo, está roto o es de madera, termina al final sobre mi mesa. Malo para el tráfico de la ciudad, pero condenadamente bueno para mi negocio.

Raffael rio suavemente y también se apoyó contra la pared. Juntos observaron el ajetreo en la Plaza. Justo en la esquina donde las estrechas y sombreadas callejuelas de acceso desembocaban directamente en la plaza del mercado, a la sombra de los poderosos muros de la venerable iglesia de Santa María, trabajaba la cuadrilla de obras públicas. Una poderosa excavadora amarilla rascaba en ese momento una profunda zanja en el subsuelo para dejar espacio a las nuevas tuberías principales de alcantarillado. La pala bajó, se hundió con fuerza hidráulica bruta en la mezcla de tierra, arcilla y escombros viejos, y volvió a elevarse.

Pero al bajar la siguiente vez, el paisaje sonoro cambió de repente.

No fue un crujido sordo de arena o el astillamiento de piedra caliza blanda. Un ruido metálico, feo e inflexible, recorrió el suelo. Un *¡clong!* estremecedor, seguido por el aullido odioso del motor diésel. La excavadora vibró

violentamente, como si hubiera chocado con toda su fuerza contra una plancha de hierro maciza o un bloque de granito de toneladas de peso. Las mangueras hidráulicas se tensaron como los tendones de un depredador atacando, pero la pala no se movió ni un milímetro más.

El operador de la excavadora, un español enjuto de rostro curtido por la intemperie y chaleco reflectante de color amarillo neón, maldijo en voz alta y variada en andaluz. Tiró de las palancas hacia atrás, apagó el motor humeante y se empujó la gorra hacia la nuca. De repente, un silencio inusual, casi siniestro, se extendió por la obra.

—¡Me cago en la ley de la gravedad! —gritó hacia abajo a sus colegas—. ¡Aquí ya no se mueve nada! Estoy atascado. ¡Ahí abajo hay algo en el camino que no debería estar ahí!

En segundos, la típica actividad de una obra se colapsó. Otros tres obreros, armados con palas y picos, se reunieron en el borde de la fosa profunda. Se inclinaron mucho sobre la valla de seguridad, gesticularon salvajemente con los brazos y señalaron hacia el abismo polvoriento. Uno de ellos, el capataz, a quien Matteo conocía fugazmente del bar local, miró buscando por la plaza. Cuando su mirada descubrió a Matteo y Raffael en el taller, su expresión se iluminó.

Saludó emocionado con ambas manos, como si hubiera una señal que dar.

—¡Hey! ¡Matteo! —gritó el capataz con voz ronca sobre la obra—. ¡Ven aquí! Trae a tu colega. A vosotros os gusta ese rollo de las cosas antiguas, ¡creo que mi excavadora acaba de desenterrar vuestro próximo trabajo!

Matteo miró a Raffael. La leve diversión en su rostro se había esfumado de repente, sustituida por esa curiosidad profesional que le embargaba cada vez que la tierra revelaba sus secretos. Dejó la lata de cola en el alféizar de la ventana.

—Bueno —dijo Raffael en voz baja, subiéndose las gafas de sol sobre la nariz—. Parece que ese agujero inofensivo en nuestra plaza del mercado acaba de dejar de ser inofensivo. ¿Vamos a mirar?

Matteo solo asintió, se impulsó de la pared y caminó a paso rápido hacia las vallas. El viento caliente les trajo el olor a suelo antiguo y recién abierto, un olor a tierra húmeda, moho y algo extrañamente metálico que no había visto la luz del día durante siglos.

Metal en el polvo

Matteo saltó ágilmente sobre la valla de seguridad roja y blanca y se deslizó por el flanco empinado de la fosa recién excavada. El suelo bajo sus botas estaba polvoriento y suelto, una mezcla de escombros más recientes, ceniza gris y arcilla dura como la piedra. Aquí abajo, a alrededor de un metro y medio por debajo del nivel de la Plaza Mayor, olía intensamente a tierra húmeda y compactada. Era el olor de siglos que habían perdurado sin oxígeno ni luz.

Raffael le siguió con algo más de precaución, manteniendo el equilibrio en la pendiente resbaladiza y colocándose justo detrás de su amigo. Los obreros estaban arriba, en el borde, apoyados en los mangos de las palas, y miraban hacia abajo con una mezcla de curiosidad y alivio; después de todo, cada pausa obligada por un potencial hallazgo histórico significaba al principio menos trabajo duro.

Matteo se puso en cuclillas. Justo delante de los dientes de acero de la pala de la excavadora, que habían dejado un profundo rasguño en la tierra oscura, estaba el obstáculo. A primera vista parecía insignificante, casi como una de esas piedras traicioneras del tamaño de un puño con las que uno ya se hace daño en las muñecas en el jardín de casa con la azada. Cualquiera que

haya cavado un arriate conocía este fenómeno: el obstáculo a menudo no era tan grande, pero se sentía como si uno hubiera golpeado la raíz de una montaña.

Esta cosa aquí apenas era más grande que una caja de zapatos vieja o un pequeño cofre, pero la fuerza con la que había desafiado a la hidráulica de toneladas de la excavadora revelaba que estaba anclada con enorme resistencia profundamente en el suelo original intacto.

—Pásame la pala —dijo Matteo con voz tranquila pero decidida, sin apartar la mirada del objeto. Extendió una mano hacia arriba, hacia los obreros que estaban arriba en el borde del agujero.

El capataz reaccionó de inmediato. Le pasó una pequeña pala de mano desgastada y de mango corto hacia abajo. —Ten cuidado, chaval. No vaya a ser que sea una bomba de aviación vieja de la Guerra Civil —bromeó a medias, pero la risa de los otros obreros sonó un poco forzada.

Matteo ignoró el comentario. Agarró el mango de madera firmemente, se arrodilló directamente en el polvo y comenzó a raspar la tierra suelta alrededor del objeto con movimientos cortos y dosificados magistralmente. Trabajó desde los lados para dejar al descubierto los contornos. Era un trabajo de filigrana. La arcilla había sido

extremadamente compactada por la presión de la pala de la excavadora, casi como cemento.

Tras pocos centímetros, el metal de la pala de mano chocó con la resistencia. ¡*Cling!* Un tono brillante y cantarín. Eso no era piedra. La piedra absorbía el sonido, el metal lo devolvía.

Matteo dejó la pala a un lado y utilizó ahora los dedos desnudos para frotar la suciedad incrustada de la parte superior del objeto. Sus uñas se llenaron de tierra negra, pero apenas lo sintió. Bajo la capa de suciedad pegajosa, algo se hizo visible de repente. Era una pequeña mancha, apenas de un centímetro cuadrado, que reflejaba la luz brillante del sol andaluz. Algo brillante. No era muy grande, pero suficiente para hacer que los dientes de la excavadora rebotaran romos.

Raffael se inclinó tanto que su sombra cayó sobre las manos de Matteo. Entrecerró los ojos e intentó mirar a través del polvo levantado.

—¿Qué es eso? —preguntó Raffael en voz baja. En su voz ya vibraba ese inconfundible matiz de fiebre de caza que Matteo conocía demasiado bien—. ¿Es hierro? ¿O bronce?

Matteo siguió cavando con precaución, aflojando con la punta de la pala la tierra bajo el objeto para ver hasta dónde llegaba. El lugar brillante estaba rodeado de una pátina gruesa, de color

verde oscuro, casi negro, típica del metal que había yacido durante un tiempo extremadamente largo sin contacto con el aire en el suelo húmedo. Parecía tratarse de un joyero macizo de paredes gruesas o un pequeño cofre de hierro, cuyos herrajes habían sido forjados con fuerza brutal. Y el brillo que había dejado al descubierto provenía de un rasguño que la excavadora había infligido en la superficie centenaria.

—Todavía no lo sé —respondió Matteo mientras se limpiaba el sudor de la nariz y dejaba al descubierto los contornos de una cerradura de aspecto pesado y arcaico. Miró la estructura tosca del material, que no tenía nada que ver con los productos modernos en masa—. Pero parece ser algo muy, muy antiguo, Raffael. Y quienquiera que haya enterrado esto aquí, seguro que no quería que volviera a ver la luz del día.

El hallazgo

La agitación en la obra era ahora palpable. Después de que Matteo hubiera raspado centímetro a centímetro la arcilla andaluza, dura como la piedra, durante casi una hora, finalmente tuvo el objeto completo en sus manos.

Era, en efecto, una pequeña especie de cofre del tesoro macizo, forjado en hierro grueso. Era rugoso, pesado y, a pesar del profundo rasguño que la excavadora había dejado en la parte superior, parecía absolutamente indestructible.

—¿Qué demonios es eso? —gritó el capataz desde arriba, mirando hacia la fosa con los ojos muy abiertos.

—Eso lo veremos enseguida —respondió Matteo con una amplia sonrisa. Su corazón dio verdaderos saltos de alegría en ese momento. Un hallazgo en plena ciudad, justo delante de su puerta, era exactamente aquello por lo que vivía. Era un éxito absoluto para un restaurador.

Raffael se inclinó tanto hacia adelante por el borde para echar un vistazo que casi pierde el equilibrio y estuvo a punto de caerse de cabeza en la fosa. Solo el agarre firme de un obrero en su camisa lo retuvo.

Matteo acarició con reverencia el metal en bruto, que aún conservaba el frescor de la tierra. —Es asombroso —dijo solo, en voz baja. Aún no podía comprender del todo lo que acababa de desenterrar del suelo de Albox. Aquello había perdurado durante siglos.

—¡Eso seguro que es un tesoro! —gritó uno de los obreros entusiasmado—. ¡Nos lo repartimos, muchachos!

—No —rio Matteo, negando con la cabeza mientras apretaba el pesado cofre contra sí—. Esto no nos pertenece. Es un caso para la historia de la ciudad.

—¡Entonces abre esa cosa de una vez! ¿Qué hay dentro? —gritó otro trabajador impaciente. La curiosidad ya se había contagiado a todos los que rodeaban la fosa.

—Despacio, muchachos —respondió Matteo con sensatez—. No queremos estropear nada aquí.

Levantó el cofre metálico con cuidado, como si fuera de cristal fino, una visión paradójica si se considera que la hidráulica de toneladas de la excavadora había demostrado justo lo contrario poco antes, rompiéndose los dientes contra él. Matteo mantuvo el cofre agarrado con reverencia mientras intentaba subir por el resbaladizo y empinado flanco de la fosa. El pesado hierro lo arrastraba hacia abajo, pero Raffael reaccionó de inmediato. Se arrodilló, agarró a Matteo firmemente por los antebrazos, lo apoyó y lo ayudó con todas sus fuerzas a subir al asfalto seguro.

Una vez allí, Matteo se dirigió directamente a una mesa de madera provisional que los obreros habían colocado cerca para sus planos y tazas de café. Con un golpe sordo y metálico, colocó el cofre en medio del tablero.

Raffael se rascó la cabeza atónito, mirando la cosa deforme y cubierta de costras de tierra. — Es increíble... una locura.

Matteo se quedó sin palabras por un momento. Sus pensamientos se aceleraban. ¿Qué podía ser aquello? ¿De qué época procedía este trabajo de forja?

En ese preciso instante, las cabezas de los presentes se giraron. La alcaldesa de Albox caminaba a paso rápido por la turbulenta Plaza Mayor. Había notado desde su despacho en el ayuntamiento que el zumbido sordo de la maquinaria de construcción había cesado de repente, y una obra paralizada significaba, en el peor de los casos, retrasos costosos. Pero al ver el grupo de gente, intuyó que algo inusual debía haber ocurrido.

Se abrió paso a través de las vallas de seguridad y fijó inmediatamente la vista en la misteriosa caja de metal sobre la mesa. —¿Qué es esto? —preguntó con curiosidad mientras se cruzaba de brazos.

—Todavía no lo sabemos con exactitud, señora alcaldesa —tartamudeó el capataz, tirando nerviosamente de su chaleco reflectante—. Esa... esa cosa de ahí ha dejado fuera de combate a mi excavadora. Estaba enterrada en el suelo original.

Raffael miró a su amigo. —¿Puedes abrirlo, Matteo?

Matteo se inclinó profundamente sobre el cofre y examinó la parte frontal. —Aquí hay un candado condenadamente grueso —explicó, señalando el mecanismo tosco que estaba incrustado de óxido y arcilla—. Pero es antiguo. Y lo que es antiguo, es mecánico. Técnicamente es seguro que se puede hacer sin destruir el cofre. Pero aquí en el polvo no lograremos nada. Necesito la herramienta especial adecuada de mi taller.

—Bien —decidió Raffael de inmediato—. Entonces llevémoslo al taller. Solo son unos metros.

La alcaldesa miró del cofre a Matteo y asintió con determinación. —Quiero saber exactamente qué hemos encontrado en el suelo de nuestro municipio. Manténganme al tanto de todo, Matteo.

Matteo vio la curiosidad ardiente en sus ojos y una sonrisa pícara apareció en su rostro. Hizo un gesto invitando hacia la callejuela de su taller.

—¿Sabe qué, señora? Venga directamente con nosotros. Lo abriremos juntos en el taller. Así será la primera en enterarse de qué secreto ha escondido la Plaza Mayor.

La alcaldesa no se hizo rogar. La distancia

administrativa quedó olvidada al instante; tenía demasiada curiosidad para volver a su despacho ahora. —Trato hecho —dijo con un asentimiento enérgico—. No me lo pienso perder.

Los tres se pusieron en camino juntos, mientras Raffael cargaba el pesado y misterioso cofre de hierro, en cuyo interior la sombría historia del año 1804 solo esperaba ser desatada...

El dulce aliento del pasado

El chasquido metálico y rotundo pareció ser lo único que rompía el silencio ensordecedor en el taller. Matteo hizo una pausa por un segundo, con la ganzúa aún trabada en el hueco de la cerradura. Sus dedos sintieron la mínima cesión del mecanismo milenario. La resistencia de siglos se había roto.

—Ahora es cuando empieza lo serio —susurró Matteo con devoción, y su voz sonó casi reverente en el taller, grande y sombrío.

Raffael y la alcaldesa no se movieron. Lo observaban como hipnotizados, con los ojos muy abiertos, apenas atreviéndose a respirar. La alcaldesa se había llevado instintivamente la mano al pecho. El aire en la habitación pareció volverse más espeso de repente, cargado con la pura electricidad de un descubrimiento histórico.

Matteo dejó la herramienta sobre la mesa de

madera con suma precaución. Tenía las palmas de las manos húmedas. Agarró la pesada y tosca tapa del cofre de hierro, que estaba ligeramente deformada en una esquina por la fuerza de la excavadora. Respiró hondo una vez más, buscó la mirada de Raffael, que asintió en silencio, y luego levantó la tapa muy lentamente.

Las pesadas bisagras de hierro gimieron con dolor. *Chrrr-r-r*. Una oleada de aire frío y despiadadamente rancio los golpeó. No era un olor a moho normal, como el de los sótanos húmedos. Era un aliento extraño, penetrante y extrañamente dulce que dejaba un toque amargo y químico en la lengua. Matteo reconoció el olor al instante, era la inconfundible marca olfativa metálica de minerales pulverizados y jugos de plantas secas que habían sido conservados al vacío durante más de dos siglos.

—Increíble —exclamó la alcaldesa, que retrocedió un poco y se llevó la mano a la boca.

Matteo se inclinó sobre el cofre abierto. Lo que vio en su interior no era un montón de oro brillante ni monedas de plata centelleantes. Era mucho más fascinante, mucho más sombrío.

En el interior del cofre, protegido por una capa podrida de lino encerado, yacían varios objetos densamente agrupados. Lo primero que rozó la mirada de Matteo fueron tres pequeños frascos

de boticario de paredes gruesas, hechos de vidrio oscuro y verdoso. Estaban sellados con cera quebradiza, pero en uno de ellos brillaba una masa viscosa, inusualmente pesada y de color gris plateado.

—Mercurio —murmuró Matteo, y un escalofrío le recorrió la espalda—. Eso es calomel. La medicina condenadamente tóxica de aquella época.

Al lado de los frascos yacía un libro grueso encuadernado en cuero oscuro. Los bordes del papel estaban amarillentos y ondulados por la humedad de los siglos, pero la encuadernación había superado el tiempo en la fortaleza de hierro sorprendentemente bien. Era un diario. O más bien: el libro de registro de un estafador.

Con suma precaución, apenas apoyando las yemas de los dedos sobre el cuero quebradizo, Matteo pasó la primera página. La tinta estaba descolorida, escrita con una caligrafía enrevesada pero frenética, que en algunos lugares se veía interrumpida por manchas de tinta.

—Son recetas —dijo Matteo mientras escaneaba las líneas—. Y registros. Mirad esto... Aquí hay nombres de familias de Albox. Y al lado, cantidades. Reales de plata. Escudos de oro. Pedía dinero a los moribundos por estas tinturas

tóxicas.

Raffael se acercó y señaló una de las últimas páginas, donde los trazos se volvían claramente más ilegibles y garabateados. —Espera un momento, Matteo. Eso de ahí atrás ya no es una receta. Se lee como una confesión. O como las notas de un hombre que tenía miedo de morir.

Matteo se concentró en las descoloridas palabras en español de 1804. Leyó en voz alta, traduciendo las arcaicas formulaciones directamente de memoria:

«...empiezan a darse cuenta. Las curas fracasan. Ayer murieron los tres hijos del comerciante de vino, a pesar de que les di el doble de dosis del polvo gris. El ambiente en la Plaza está cambiando. Si la Junta de Sanidad me atrapa, o los ciudadanos ven mi rostro, me colgarán. Tengo que salir de aquí. Tengo que huir...»

Matteo pasó apresuradamente, pero con la precaución debida, una página más. Sus ojos se abrieron de par en par.

«...pero la huida es imposible. Estos malditos perros del Rey han tapiado la ciudad. El muro protector es absoluto. El ejército en el muro provisional dispara a cualquiera que se acerque a las puertas. Ayer fusilaron a un campesino ante mis ojos. Los guardias de la puerta del

Paseo son incorruptibles, tienen suficiente pan y tabaco del Alcalde. Estoy atrapado. Mi dinero captado pesa demasiado, no puedo llevarlo encima. Si me registran, estoy muerto».

El taller estaba tan silencioso que se podía escuchar el tic-tac del viejo reloj de pared. La alcaldesa escuchaba con la boca abierta las palabras de un muerto que, hace más de doscientos años, había temido por su vida exactamente donde ella tomaba hoy sus decisiones políticas.

—¿Y qué hizo? —preguntó María Dolores con voz quebradiza—. Si no podía pasar por las puertas, ¿cómo pensaba escapar?

Matteo pasó el dedo sobre un tosco boceto que estaba grabado en la última página del libro. Era un dibujo de la Plaza Mayor, la iglesia de Santa María y el muro protector adyacente hacia la rambla.

—Buscaba una solución —dijo Matteo en voz baja mirando el dibujo—. Aquí está... Empezó a planear una vía de escape. Un camino bajo tierra. Quería cavar un túnel. Directamente bajo los cimientos del nuevo muro protector, para llegar sin ser visto al lecho profundo de la rambla.

Raffael se quedó mirando el boceto. —¿Un túnel? ¿Cruzando por debajo de la ciudad?

Matteo... Si realmente cavó ese túnel... y si escondió allí todo su dinero captado antes de huir o morir...

—...entonces ese túnel se encuentra exactamente donde las excavadoras han abierto el suelo esta mañana —concluyó Matteo. La fiebre de caza lo había atrapado definitiva e irreversiblemente. Aquello no era un hallazgo sencillo. Era el mapa del tesoro del mayor y más oscuro secreto que Albox había ocultado jamás.

